

LAS AVENTURAS DE **CARLOS CASTLE** Y EL BEBÉ-CREEPER

LA CIUDAD OCULTA



LAS AVENTURAS DE
CARLOS CASTLE
Y EL BEBÉ-CREEPER

LA CIUDAD OCULTA

© Carlos Castle, 2023

Edición y fijación del texto: Rafael Ruiz Dávila, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta e interior: © Juan Francisco Cabrera, 2023

Diseño de interior: María Pitironte

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-270-5062-4

Depósito legal: B. 21.735-2022

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Liberduplex

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

10 PRÓLOGO. EL LIBRO

18 CAPÍTULO 1.
LA CARTÓGRAFA

32 CAPÍTULO 2.
EL PANTANO Y LA BRUJA

48 CAPÍTULO 3.
EL MAPA

62 CAPÍTULO 4.
UN DESIERTO, UNA QUIMERA Y TRES ACERTIJOS

80 CAPÍTULO 5.
LA PIRÁMIDE

94 CAPÍTULO 6.
EL PORTAL

110 CAPÍTULO 7.
LA CIUDAD PERDIDA

124 CAPÍTULO 8.
EL DIAMANTE GIGANTE

138 CAPÍTULO 9.
LOS PASADIZOS

154 CAPÍTULO 10.
LA OPCIÓN CORRECTA

168 EPÍLOGO

LA CARTÓGRAFA

—¡Carlos, Carlos, Carlos! —Cripín gritaba con una emoción desbordada mientras zarandeaba a Carlos, que aún se acurrucaba entre unas mantas con las que se había hecho un improvisado saco de dormir.

—¿Cri-Cripín...? —balbuceó el chico adormilado y con la voz pastosa, y se tapó la cara y la cabeza para ocultarse del poco sol que se filtraba entre las lonas que habían tendido a modo de toldo—. Vete a dormir, aún es muy temprano...

—¡No! ¡No podemos! —Cripín intentó destapar a Carlos sin éxito—. ¡Tenemos un tesoro que buscar!

—Déjame dormiiiiir... —gruñía Carlos bajo las mantas.

—¡Que... te... levantes! —Cripín cogió carrerilla y saltó más de un metro de alto para acabar aterrizando sobre las mantas que tapaban a su amigo.

—¡Ahh! —gritó Carlos cuando su colega verde aterrizó a la altura de su barriga y lo destapó de golpe—. ¡Cripín!

—Je, je, je —reía Cripín mientras Carlos tosía por el golpe—. ¿Ya estás despierto?

—Lo que no sé es si sigo vivo... —dijo Carlos medio en broma, aún sin aliento.

—¡Qué exagerado! —gritó Cripín subiéndose a la cabeza de Carlos.

—Para nada, me has dejado sin respiración, socio. —Carlos se estiró y luego frunció el ceño, y miró por una rendija entre las lonas que hacían de toldo y los débiles rayos de sol que se colaban por ella—. Además, ¿por qué tanta prisa por levantarse? Si el sol todavía no ha salido del todo...

—Eres un perezoso —le chinchó Cripín.

—¿Perdona? ¿Yo, perezoso? —Carlos no daba crédito—. Pero si tú a veces no te levantas hasta la hora de comer, ¡y luego te echas una siesta!

—Mmm... —Cripín hizo como que pensaba—. No recuerdo nada de lo que dices.

—Ya —espetó Carlos—, porque no te interesa lo que digo.

—Es posible. —Cripín dio un salto y se subió de nuevo sobre su amigo—. Pero, a ver, lo importante: ¿cuándo salimos?

—Quizá estoy demasiado dormido, socio. —Carlos se metió un dedo en la oreja para destaponar el oído—. ¿Teníamos que ir a algún sitio más allá de... construir nuestra casa?

—¡Pues claro! —Cripín se puso a dar vueltas por la pequeña zona donde habían acampado hasta que encontró lo que buscaba, el libro que Carlos le había leído la noche anterior, y se lo puso sobre el regazo—. Tenemos que salir en busca del diamante gigante.

—¡Ouh! —suspiró Carlos—, ya entiendo.

—¿Entonces? —Los ojos se le iluminaron a Cripín.

—Mira, colega —le dijo con calma—, molaría un montón irse de aventuras a buscar una piedra...

—¡Un diamante! —lo interrumpió.

—... Un diamante —continuó el chico—, pero mira a tu alrededor. No tenemos casa ni un sitio donde guarecernos por las noches o cuando volvamos de nuestras aventuras.

—Pero... —Cripín se desinfló poco a poco.

—Nada de peros, Cripín. —Le dio unos cariñosos golpecitos en la cabeza—. Lo primero es lo primero. Y construir la casa es lo primero. Además, debemos ser agradecidos. Fíjate en la cantidad de material y herramientas que Lara, su abuelo y los vecinos de la aldea nos han dado para que podamos trabajar.

—Oooohhh —dijo con tono socarrón Cripín alargando las vocales—, Laaaaaara. Ji, ji, ji.

—No te entiendo. —Lo miró serio Carlos—. ¿A qué te refieres?

—Nada, nada —dijo Cripín, y se fue corriendo a por unas cuantas tablas de madera, más para jugar con ellas que para ayudar a su amigo a construir.

Cuando el sol estaba en lo alto del cielo, marcando el mediodía, Carlos se dio cuenta de que casi no había avanzado nada. Después de desayunar comenzó a apilar tablones de madera junto al tronco del árbol y, cuando creyó que ya había acabado, se dio cuenta de que la pila de tablones había desaparecido y de que estos estaban desperdigados por todas partes. Más tarde recogió los clavos sueltos y los metió en un bote de cristal para tenerlos todos juntos cuando necesitase clavar algo; pero al rato descubrió que «alguien» había hecho un retrato de su cara clavando los clavos en el suelo, como si fuera un dibujo de «une los puntos»... Y la verdad es que se parecía bastante a él. Ordenó en una cajita de cartón todas las herramientas que los aldeanos les habían prestado, pero al rato se las encontró unas encima de otras formando una extraña y desequilibrada escultura. Pero lo peor fue que, tras mucho buscar, no encontraba por ninguna parte el plano que había



dibujado para guiarse a la hora de construir la casa en las ramas del árbol. Y, tras mucho buscar, pasó volando un enorme avión de papel por encima de su cabeza. Carlos lo pilló al vuelo de un salto y, al desdoblarlo, se dio cuenta de que en realidad... ¡era el plano que había dibujado!

—¿Cripín? —llamó con un tono musical—. Sal, tenemos que hablar.

—¡No! —gritó el pequeño de color verde, que ahora corría alrededor del árbol desenrollando una madeja de cuerda que Carlos había recogido y que ahora parecía un caminito de hormigas que formaban una gigantesca espiral.

—Vamos, colega —cansado, Carlos se sentó en el suelo, suspirando—, además de no ayudarme, no puedes desbaratar todo el trabajo que yo haya hecho. ¡No voy a acabar nunca!

—Hay una solución —gritó Cripín haciendo equilibrios sobre un montón de cajas apiladas como si fuera una torre de cartón.

—No vamos a irnos de aventuras en busca de ese diamante gigante —volvió a explicar Carlos.

—¿Por qué? —preguntó Cripín debajo de unos tablones con los que se había hecho un pequeño fuerte poniéndolos a su alrededor.

—Pues porque necesitamos una casa para dormir y comer, planear viajes y reposar a nuestra vuelta. —Carlos ya no sabía qué más explicaciones dar a su amiguito—. Necesitamos un hogar.

—Pero —Cripín salió de su fuerte de tablas de madera antes de que estas lo aplastasen y se acercó a Carlos lentamente, mientras hablaba, como si expusiera las razones más lógicas del mundo—, si salimos mañana, o incluso hoy mismo, no sería tan necesaria la casa y podríamos construirla cuando volviéramos, ¿no crees?

—Eso es una... —Carlos se calló para pensarlo un momento; su amigo era un revoltoso y un trasto, pero a veces dejaba evidencia



de su astuta mente científica, y ahora era bastante difícil refutar su plan— una muy buena idea.

—Pues claro que... Espera —a Cripín se le iluminó el rostro con las palabras de su amigo—, ¿lo dices en serio?

—Bueno —Carlos se levantó del suelo—, obviamente, no es la mejor idea, claro está. Pero no por ello te falta algo de razón, y la verdad es que te conozco demasiado bien y no me dejarás construir la casa hasta salirte con la tuya, ¿verdad?

—¡Verdad! —chilló entusiasmado Cripín.

—Pues pongámonos en marcha y vayamos a preguntar a quien nos dio la caja donde se encontraba el libro —dijo Carlos lleno de energías renovadas.

—¿Y quién fue? —preguntó intrigado Cripín.

—Pues Lara, la nieta del bibliotecario de la aldea.

—Ooooooh, Laaaaraaaaa. —Cripín volvió a alargar las vocales metiéndose con su amigo sin que este supiera, o reconociera, a qué se refería.

—Ya empezamos... —le contestó, quitándole importancia, mientras ambos se encaminaban a la aldea, más concretamente a la biblioteca.

La aldea estaba a solo un paseo del árbol que muy pronto sería su casa, y la biblioteca no quedaba lejos. Los aldeanos los saludaban por la calle, los mismos que apenas un par de días antes les habían organizado una fiesta de bienvenida y les habían surtido de materiales de construcción y herramientas para construir su casa del árbol. Las calles de la aldea eran ruidosas y animadas, con puestos de comida fresca y olores a pan, dulces y pasteles.

—¡Qué hambre! —dijo Cripín acercándose al tenderete de un repostero que estaba enfriando unas magdalenas recién hechas.

—Céntrate, Cripín —le soltó Carlos un instante después de que el repostero le regalara una magdalena a Cripín y este se la metiera, aún caliente, en la boca.

—¡Quema, quema! —Cripín gritó abanicándose la boca para enfriar la magdalena ya masticada.

—Eres un ansias... —suspiró Carlos justo antes de encontrarse con la biblioteca.



La construcción donde se encontraba la biblioteca de la aldea era una casa de dos pisos. Mientras que en la planta baja se extendía lo que realmente era la biblioteca, por una escalera exterior se subía a la planta de arriba, donde se encontraba la vivienda, en la que comía y dormía no solo el anciano bibliotecario, sino también su nieta, Lara.

—¿Estarán en casa? —preguntó Cripín mientras terminaba de tragarse su magdalena.

—Lo dudo —respondió Carlos encaminándose a la puerta de la biblioteca—, llevarán horas trabajando.

—¡Pues a llamar! —Cripín subió de un salto los tres escalones de piedra que llevaban a la puerta de la biblioteca, dispuesto a llamar.

—Espera, que aún no me he preparado para ver a Lar... —pero Carlos lo dijo demasiado tarde; Cripín dio tal salto que se chocó de cabeza contra la puerta de la biblioteca, con tal estruendo que el sonido resonó por el interior haciendo eco—. Da igual.

—Tranquilo, yo te ayudo —sonrió Cripín, aunque parecía que en su frente le saldría un pequeño chichón—. Se me da bien hablar.

—Sí, colega —suspiró Carlos—, se te da genial hablar sin parar.

—¡Eh! ¿Qué quieres decir con...? —La frase de Cripín se quedó en el aire porque Carlos se tapó la boca con la mano al abrirse la puerta; tras ella apareció un señor mayor de rostro afable.

—Vaya, chicos —saludó el bibliotecario, vistiendo su túnica que bien podía ser una bata, calzando unas babuchas y con su larga barba blanca muy cuidada; en las manos llevaba, como casi siempre, una taza de té—. ¿Armando jaleo tan pronto?

—Perdone, señor bibliotecario —se disculpó Carlos—, ha sido un accidente.

—Hm... —farfulló Cripín, a quien no le caía muy bien el bibliotecario, como le pasaba con la mayoría de los aldeanos.



—Tranquilos, no hay gente hoy en la biblioteca, así que el ruido no ha molestado a nadie. —Se ajustó sus pequeñas gafitas sobre su gran narizota—. ¿Venís a devolver un libro o a ver a Lara?

—Un poco de ambas. —Carlos se dio cuenta de que lo de «devolver un libro» lo decía porque había visto bajo su brazo el extraño cuento que habían leído por la noche—. Venimos a hablar con Lara de...

—¡Un diamante gigante! —gritó Cripín.

—Perdona, ¿qué? —El bibliotecario estaba confuso.

—Quiere decir, señor bibliotecario —se apresuró a decir Carlos dándole un coscorrón a Cripín—, que queremos hablar con Lara sobre un cuento donde aparece un diamante mágico. A Cripín le gustó mucho y buscábamos más cuentos de, eh..., piedras preciosas, sí.

—¿Sí? —lo miró extrañado su amiguito verde.

—Sí —respondió Carlos.

—Ah, si es por eso, pasad, Lara está en su «salita especial», ya sabéis —el anciano aldeano sonrió—. ¡Lara, cariño, tus amigos han venido a verte!

—Ah, entonces, ¿pasamos? —Carlos se puso rojo como un tomate al escuchar el nombre de la chica.

—Sí, claro, estoy ocupado con un asunto urgente —comentó el bibliotecario haciéndolos pasar y cerrando la puerta tras ellos—. Id a buscarla, no hay problema.

—Gracias, señor —contestó Carlos.

—¡Y no arméis jaleo! —exclamó el bibliotecario marchándose a sus quehaceres.

La biblioteca era mucho mayor por dentro de lo que parecía por fuera. Montones de hileras de estanterías de madera llenas de libros se alineaban en todas las salas y habitaciones. Carlos fue directo, cruzándolas todas, hasta donde sabía que estaba su amiga: la Sala de Mapas. Aunque Lara era nieta del bibliotecario, su

sueño era convertirse en cartógrafa y realizar muchos, muchísimos mapas. Quizá eso fue lo que hizo que entablara amistad con Carlos tan pronto, pues las aventuras de este y Cripín la inspiraban a diseñar mapas gracias a las descripciones de las aventuras de los dos amigos. Cuando llegaron a la sala, una habitación pequeña con montones de mapas colgados por las paredes, y otros tantos enrollados en unas estanterías especiales, vieron a la chica en el centro de la habitación, en el suelo, muy concentrada en algo.

—¡Hola, Lara! —chilló Cripín sobresaltando a la chica que, además, era la única aldeana que le caía bien.

—¡Shhh! —chistó Carlos a su amigo para que no la molestara así.

—Qué susto me habéis dado —Lara se giró y se levantó sonriendo; era una chica muy guapa, aunque de aspecto curioso, con el pelo de color rosa y morado recogido en dos trenzas y unas gafas enormes detrás de las cuales se veían sus grandes ojos celestes. Vestía, como ella decía, como una aventurera, aunque según su estilo: *leggings* a rayas, guantes de cuero con los dedos cortados y unas gafas de protección, además de las que llevaba para ver, colgadas del cuello. A diferencia del resto de aldeanos, Lara tenía una nariz pequeña, según su abuelo, como la que tenía su madre.

—Perdona —se disculpó Carlos mientras Cripín refunfuñaba—, es que este es un bruto.

—No hay problema —dijo Lara con su habitual sonrisa—. Bueno, ¿y qué puedo hacer por vosotros?

—¿Por... nosotros...? —Carlos se había olvidado de por qué habían ido al quedarse embobado mirando a Lara.

—El libro, tío —le dijo Cripín tirándole de la manga.

—Ah, sí, este libro. —Carlos se lo mostró—. Estaba en la caja de cosas que nos diste para construir la casa. Y a Cripín le gustó tanto que estaba interesado en preguntarte si sabías algo de él.



—Qué raro —dijo Lara echándole un vistazo—. No me suena de nada, quizá sea de la biblioteca y se coló en la caja por error. De todas maneras, me encantaría ayudarlos, pero... —de repente se puso muy triste y agachó la cabeza— no puedo. Se ha perdido el bebé de una de las vecinas de la aldea y la gente se está organizando para buscarlo. Es más, yo misma estaba haciendo un mapa para ir a buscarlo y no perderme por el camino.

—Espera, ¿se ha perdido un bebé? —preguntó Carlos alarmado.

—Sí, y es muy pequeño, estamos preocupados por él —contestó la chica.

—¡Eh! —gritó Cripín—. Si nosotros lo encontramos, ¿nos ayudarás a encontrar el diamante gigante que sale en ese cuento?

—¡Cripín! —le riñó Carlos.

—Vosotros —preguntó esperanzada Lara, sabiendo que ambos eran en realidad unos valientes aventureros—, ¿nos ayudaríais?

—Pu-pues claro —Carlos se sonrojó al ver la esperanza y la alegría en el rostro de la chica, y se aclaró la garganta, aunque titubeó al hablar—. Tú, ehm..., dínos por dónde empezar a buscar y nosotros lo encontraremos, prometido.

—¿Lo dices en serio? —Lara lo abrazó muy fuerte para agradecersele y, luego, se separó, aunque Carlos estaba encantado—. Lo único que sabemos es que salió con su madre en dirección suroeste y de repente desapareció. Su madre lo llamó a gritos, pero no se atrevió a adentrarse más allá.

—¿Qué hay más allá en esa dirección? —preguntó Carlos.

—El pantano de la bruja —respondió Lara, y un escalofrío les recorrió la espalda a los dos amigos.